

EL SÁBADO ENSEÑARÉ...

RESEÑA

Texto clave: Salmo 78:38

Enfoque del estudio: Salmo 78; Mateo 21:12, 13; Juan 2:14, 15.

Introducción: La ira de Dios es una expresión disciplinaria de su amor respecto del mal y el pecado.

Temática de la lección

La lección de esta semana destaca dos puntos básicos:

La ira de Dios es su respuesta santa y paciente al pecado: La respuesta de Dios al mal y la injusticia no es una iniciativa arbitraria, incontrolable o vengativa, sino que es siempre amorosa y firme. Su ira es una respuesta al pecado persistente que hace daño a su Creación. Como tal, es otra expresión de su amor, ya sea para castigar a los malvados por sus pecados o para liberar a su pueblo de las garras de ellos. En las Escrituras, la ira de Dios se entiende mejor en cada contexto donde aparece, como en el Salmo 78. A pesar de todas las señales y las maravillas realizadas por Dios en favor de su pueblo, este se olvidó de él y se volvió terco, rebelde e impenitente.

La ira de Dios es una indignación amorosa y justa: La ira de Dios es vívidamente descrita en la Escritura como una indignación amorosa y justa en respuesta a la opresión y el sufrimiento de su pueblo. Dios interviene activamente para castigar el mal, ya que la bondad y el amor perfectos que siente por nosotros provocan en él una justa indignación al ver la injusticia y la maldad en el mundo. Su ira es la respuesta adecuada del amor contra el mal, que lastima, daña y destruye a sus amadas criaturas.

Aplicación a la vida

En vista de la respuesta responsable de Dios ante la injusticia y el mal, ¿cómo debemos obrar para eliminar la injusticia y aliviar el sufrimiento de las personas?

COMENTARIO

La ira de Dios es su respuesta santa y paciente al pecado

La enseñanza bíblica acerca de la ira de Dios se entiende mejor en cada contexto donde es mencionada. El Salmo 78, el segundo más extenso después del 119, destaca acontecimientos específicos de la historia de Israel, centrándose particularmente en el Éxodo y el peregrinaje por el desierto. En esta narración poética, Asaf anima al pueblo de Dios a ser fiel al Señor y a comportarse de manera diferente de las rebeldes generaciones pasadas.

A diferencia de muchos otros, el Salmo 78 no se dirige a Dios en forma de cántico u oración cantada, sino al pueblo en forma de instrucción. Lo más probable es que el salmista pretendiera de esa manera ayudar al pueblo a recordar los poderosos y amorosos actos de Dios mientras entonaban esta narración poética, asegurándose así de que no olvidaran, como lo hizo la generación del desierto.

El verbo hebreo que se refiere aquí a olvidar (*shakah*) es usado dos veces en el salmo. En el Salmo 78:7, el énfasis en no olvidar las obras del Señor se asocia

con poner la “confianza en Dios” y guardar “sus mandamientos”. Por el contrario, olvidar las obras de Dios implica ser “terco y rebelde” y mostrar un “espíritu infiel” a Dios (Sal. 78:8). A pesar de todas las maravillas y las bendiciones atestiguadas en el desierto, el pueblo se rebeló y “volvieron a pecar” (vers. 17), “tentaron a Dios en su corazón” (vers. 18) y “hablaron contra Dios” (vers. 19). En respuesta a este pecado, oímos la referencia a la ira de Dios en el Salmo 78:21: “El Señor oyó y se indignó. Su fuego se encendió contra Jacob, y el furor subió también contra Israel”. La razón de la ira de Dios es resumida de esta manera en el versículo siguiente: “Porque no creyeron a Dios ni confiaron en su salvación” (vers. 22), a pesar de todas las señales y los prodigios realizados por el Señor ante sus ojos.

Del mismo modo, la siguiente referencia a la ira de Dios en el Salmo 78:31 declara que “con todo, pecaron aún, y no dieron crédito a sus maravillas” (vers. 32). El salmo señala que, cuando Dios los disciplinó, empezaron a buscarlo de nuevo y a recordarlo que él era su salvación (vers. 34, 35).

Sin embargo, esta reacción no fue sincera. De hecho, “lo adulaban con su boca, y con su lengua le mentían, pues su corazón no era sincero con él ni estuvieron firmes en su pacto” (vers. 36, 37). Precisamente en este contexto, encontramos la descripción más hermosa y amorosa de la ira de Dios en el salmo: “Sin embargo, Dios les tenía compasión, perdonaba su maldad y no los destruía. Muchas veces apartó su ira y no despertó todo su enojo” (vers. 38).

Asaf también recordó al pueblo de Dios que la ira divina los libró de la opresión en Egipto, cuando sus juicios cayeron sobre los egipcios (vers. 49, 50). Pero después de esta maravillosa liberación, los israelitas “tentaron a Dios, se rebelaron contra el Altísimo, y no guardaron sus testimonios” (vers. 56). Entre los mandamientos divinos, se hace especial hincapié en el pecado de la idolatría, en el que los israelitas incurrieron durante el peregrinaje por el desierto: “Lo enojaron con sus lugares altos, y con sus ídolos provocaron su celo” (vers. 58). Es digno de mención que en este contexto la ira de Dios se manifiesta a través del alejamiento de la protección divina: “Dejó el santuario de Silo” (vers. 60) y “entregó también a su pueblo a la espada” (vers. 62).

El Salmo 78 utiliza un tono poético para describir la ira de Dios, enfatizando que no es algo caprichoso o impulsivo. En lugar de ser una reacción descontrolada, la ira de Dios es su respuesta consciente y decidida a la persistencia en el pecado y la terquedad de su pueblo.

La ira de Dios es una indignación amorosa y justa

Las narraciones de los evangelios acerca de la purificación del Templo por parte de Jesús (Mat. 21:12, 13; Mar. 11:15-17; Luc. 19:45-48; Juan 2:14, 15) proveen un valioso ejemplo de cómo la ira divina no debe entenderse como una actitud caprichosa e impulsiva. Más bien, consiste en una indignación justa y responsable por parte de Dios. En el capítulo 16 (“En su Templo”) de *El Deseado de todas las gentes*, Elena de White ofrece observaciones perspicaces para nuestra reflexión

Lección 5 // Material auxiliar para el maestro

acerca de la ira de Dios. Muchas veces ella argumenta en este capítulo que no fue solo el hombre Jesús quien realizó la purificación del Templo. En sus palabras, “la purificación del Templo era una manifestación de un poder más que humano” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 136). “Mirando a Cristo, todos vieron la divinidad que fulguraba a través del manto de la humanidad” (p. 131).

Elena de White explica que los comerciantes que estaban en el atrio del Templo “pedían precios exorbitantes por los animales que vendían, y compartían sus ganancias con los sacerdotes y los gobernantes, quienes se enriquecían así a expensas del pueblo” (p. 129). Así, en lugar de servir verdaderamente como representantes de Dios ante el pueblo corrigiendo “los abusos que se cometían en el atrio del Templo”, los sacerdotes y los gobernantes estaban buscando “sus propias ganancias” (p. 130). Como ella señala, “deberían haber dado al pueblo un ejemplo de integridad y compasión”, estando atentos a “las necesidades de los adoradores” y “dispuestos a ayudar a aquellos que no podían comprar los sacrificios requeridos” (p. 130). Sin embargo, dejaron que la codicia endureciera sus corazones.

Elena de White describe a las personas que estaban en el Templo como “los que sufrían, los que se hallaban en necesidad y angustia. Estaban allí los ciegos, los cojos, los sordos. Algunos eran traídos sobre camillas. Muchos de los que venían eran demasiado pobres para comprarse la más humilde ofrenda para el Señor, demasiado pobres como para comprarse alimentos con que satisfacer el hambre” (p. 130). Pero los sacerdotes no sentían “simpatía o compasión” por ellos. “Su sufrimiento no despertó piedad en los corazones de los sacerdotes” (p. 157).

En contraste con los sacerdotes, Jesús vino al Templo y vio “las transacciones injustas” y “la angustia de los pobres”. Luego, Elena de White utiliza el lenguaje propio de la indignación para destacar la reacción de Jesús. “Al contemplar la escena, la indignación, la autoridad y el poder se expresaron en su semblante” (p. 131). En este contexto de indignación, Elena de White destaca el hecho de que la divinidad de Cristo fulguró a través de su humanidad. Mientras “los que se dedicaban a su tráfico profano” lo contemplaban, sintieron que estaban “ante el tribunal de Dios para responder por sus hechos” (p. 131). Ella califica el acto de Jesús de volcar “las mesas de los cambiadores” como “un celo y una severidad que nunca manifestó antes” (p. 131).

Cabe señalar que esta ira no puede ser correctamente entendida sin el énfasis en “la simpatía de Cristo hacia los pobres”, la cual “se había despertado” por el tráfico del Templo (p. 134). “Con lágrimas en los ojos decía a los temblorosos que lo rodeaban: ‘No teman, yo los libraré, y ustedes me glorificarán’ ” (p. 134).

Esta narración bíblica, bellamente explorada por Elena de White, muestra cómo la ira de Dios es una indignación amorosa y justa contra la opresión y el sufrimiento de su pueblo. En última instancia, esta indignación divina es la causa del deseo de Dios de salvarnos y pone en marcha una poderosa liberación del pueblo como resultado del juicio de Dios contra los opresores.

APLICACIÓN A LA VIDA

En el artículo “Reflexiones acerca de la ira de Dios”, Marvin Moore medita acerca de la respuesta divina a la injusticia. Moore menciona una historia que puede adaptarse brevemente como sigue: Cierta día, una madre salió al patio trasero de su casa para buscar algo y vio que su hija adolescente estaba siendo agredida sexualmente por su tío. ¿Debería esa madre ir a su habitación y limitarse a orar por esa situación o debería intervenir para detener tanto el pecado como al pecador? (ver *Journal of the Adventist Theological Society* 15, N° 2 [2004], pp. 118-127). Con esta historia en mente, pide a tus alumnos que dialoguen acerca de las siguientes preguntas:

1. ¿Cómo debe actuar Dios cuando ve todos los abusos y las injusticias cometidos contra su pueblo? ¿Está bien que él sienta una ira intensa?
2. ¿Es la ira de Dios una expresión de su amor? Explica tu respuesta.
3. ¿Debe él intervenir para terminar con el pecado y con el pecador? ¿Por qué sí o por qué no?
4. ¿En qué situaciones has intervenido activamente para eliminar la injusticia o aliviar el sufrimiento de los demás?
5. La Biblia nos exhorta a airarnos sin pecar (Efe. 4:26). Con esta noción en mente, comparte ejemplos concretos de tu vida diaria en los que la ira pueda ser una expresión de amor.